

# El método de estudio de Aristóteles según Brentano

Traducción, notas e introducción de David TORRIJOS CASTRILLEJO

Universidad Eclesiástica de San Dámaso

Entre los años 2016 y 2017 se concentran dos aniversarios “filosóficos”: durante el presente 2016 estamos celebrando el 24 centenario del nacimiento del Estagirita, mientras que el próximo 2017 habrá transcurrido la primera centuria desde el fallecimiento de Franz Brentano. También en este trabajo ambos eminentes filósofos concurren, pues presentamos aquí la traducción castellana de unas páginas del pensador alemán que versan sobre el modo de interpretar al gran filósofo macedonio. Como es bien sabido, el estudio del Estagirita ocupó buena parte de la vida intelectual de Brentano y, además, su manera personal de completar esta tarea lo distinguió en el panorama de los estudios de historiografía filosófica de la época. Por este motivo, sus reflexiones acerca de este particular entrañan especial relevancia.

Las páginas que vertemos aquí al español fueron recogidas por Rolf George en un volumen donde figuran varios inéditos de Brentano acerca de Aristóteles, procedentes del archivo conservado en Harvard tras su muerte<sup>122</sup>. Se trata del manuscrito A154. Al intentar determinar la fecha, el editor confunde este escrito con una conferencia pronunciada en Viena en 1888 de título muy similar pero dirigida a examinar el problema de la historia de la filosofía en general<sup>123</sup>. Naturalmente, tal discurso tiene muchos puntos en común con el presente pero bien podría haber sido escrito después de éste<sup>124</sup>. Por otra parte, George señala que la mención (§1) de la obra de Zeller

---

<sup>122</sup> Cf. Brentano, Franz, “Zur Methode aristotelischen Studien, und zur Methode geschichtlicher Forschung auf philosophischem Gebiet überhaupt”, en: *Über Aristoteles. Nachgelassene Aufsätze*, ed. Rolf George, Hamburg, Meiner, 1986, pp. 7-20. Este texto ha sido traducido al francés por Anne Baillet, como “Sur la méthode des études aristotéliennes, et sur l’histoire de la philosophie en général”, en: Thouard, Denis (éd.), *Aristote au XIX<sup>e</sup> siècle*, Villeneuve d’Ascq, Septentrion, 2004, pp. 296-305.

<sup>123</sup> Cf. George (ed.), en: Brentano, *Über Aristoteles*, p. 542, nota 12. La conferencia que George confunde con el manuscrito fue publicada en forma de apuntes sólo un año después del libro editado por aquel: cf. Brentano, Franz, “Zur Methode der historischen Forschung auf philosophischem Gebiet”, en: *Geschichte der Philosophie der Neuzeit*, ed. Klaus Hedwig, Hamburg, Meiner, 1987, pp. 81-94. Se trata del Ms. H39. La confusión hubo de deberse a la semejanza de su título, pues, al parecer, George tan sólo tenía noticia de su existencia gracias a la mención que hace de ella Kraus, Oskar, *Franz Brentano. Zur Kenntnis seines Lebens und seiner Lehre. Mit Beiträgen von Carl Stumpf und Edmund Husserl*, München, Beck, 1919, p. 19.

<sup>124</sup> El paralelismo temático es muy grande. Son enumerados algunos recursos metodológicos para este tipo de historiografía que coinciden con los aquí expuestos o los amplían: [1] se insiste en la necesidad de ser filósofo para escribir una historia de la filosofía, igual que es menester dominar cualquier ciencia a la hora de escribir su historia (Brentano, “Zur Methode der historischen Forschung”, p. 81); [2] el historiador debe ser un artista, que se concentra en lo esencial y no pretende agotar todos los detalles

*Grundriss der Geschichte der griechischen Philosophie* nos proporciona un término *post quem* para la datación. Sin embargo, George se equivoca al pensar que esa obra data de 1893. Tal año se publicaba ya la cuarta edición (tal fue el éxito alcanzado por el libro), pero la primera edición había visto la luz en 1883. Así se vuelve mucho más comprensible que Brentano considere “reciente” no sólo dicha obra (§1) sino también las demás publicaciones de Zeller en las cuales disputa con Brentano, que datan de 1882 y 1883 (§7). De este modo, estas líneas podrían haber sido escritas verosíblemente entre 1883 y 1888, pudiendo haber constituido un precedente de la conferencia de esa última fecha, aunque —a diferencia de ésta— su contenido hubiera estado mucho más restringido al estudio Aristóteles. En definitiva, el escrito debe de ser poco posterior a 1883 y, desde luego, no fue compuesto más allá de 1890<sup>125</sup>.

El contexto de estas páginas es la disputa entre Zeller y Brentano a propósito de la interpretación del entendimiento agente, el alma y el motor inmóvil. Las diferencias entre ambos motivaron en Brentano ciertas consideraciones sobre el método de llevar a cabo los estudios aristotélicos que volverán a aparecer en las últimas publicaciones de su vida sobre Aristóteles<sup>126</sup>. En resumidas cuentas, la gran crítica que Brentano dirige a Zeller es que éste se limita a aplicar métodos filológicos para entender los escritos del Estagirita y omite por completo ejercitar la más mínima hermenéutica filosófica, la cual le habría llevado más bien a desentrañar la coherencia del discurso. Con ello, Brentano eleva una reclamación de amplio alcance contra toda una generación de historiadores de filosofía clásica. Copiemos aquí unas elocuentes palabras de Brentano que reflejan su punto de vista sobre las cualidades interpretativas de Zeller y otro conocido investigador, Gomperz:

---

(se trata de un error de ciertos artistas, denunciado también en Brentano, Franz, *Das Genie*, Leipzig, Dunckler & Humblot, 1892, pp. 14-17), tal como procedía Zeller (id., “Zur Methode der historischen Forschung”, p. 81); [3] se critica a Zeller por sus puntos de vista sobre el Dios aristotélico (ibíd., p. 85); [4] la visión del conjunto permite comprender una parte, llenándose por deducción los huecos que un filósofo deja sin completar (ibíd., pp. 86); [5] la afinidad entre pensadores que sostienen opiniones semejantes permite comprender mejor dichos huecos (ibíd., pp. 86-88); [6] es preciso prestar atención no sólo a las palabras de un filósofo sino a los hechos mismos que éste tiene en cuenta (ibíd., pp. 88-89); [7] Hegel representa un extremo de historiografía subjetivista que debe ser evitado, el cual ha empero condicionado el también incompetente objetivismo de Zeller (ibíd., p. 89); [8] el historiador debe dejarse penetrar de la filosofía que investiga asimilando la propia subjetividad a la del autor estudiado (ibíd., p. 90); [9] la postura hipercrítica sobre la autenticidad choca con las reglas de cálculo de probabilidades (ibíd., p. 91).

<sup>125</sup> En un escrito mucho más reciente, George parece haber advertido alguno de sus errores, pues cambia la datación, pero sigue inclinándose por una fecha algo más tardía que la nuestra, a saber, los últimos años de la década de los ochenta: cf. George, Rolf and Koehn, Glen, “Brentano’s Relation to Aristotle”, en: *The Cambridge Companion to Brentano*, ed. Jacqueline, Dale, Cambridge, Cambridge UP, 2004, p. 44, nota 26.

<sup>126</sup> Cf. Brentano, Franz, *Aristoteles und seine Weltanschauung*, Leipzig, Quelle & Meyer, 1911.

La arbitrariedad de los así llamados historiadores de la filosofía es casi grotesca. Cuando Aristóteles dice algo en la *Ética a Nicómaco* o en la *Retórica* que no les cuadra entre sus trastos, entonces no vale porque el escrito es popular. Cuando dice algo en un escrito al cual no es posible adscribir un carácter popular, pero lo hace en el contexto de una polémica, entonces tampoco vale, porque se deja llevar del entusiasmo de la contienda y sostiene cosas que él mismo no cree; o bien, cuando no se puede concluir nada de una polémica, es porque ha usado una imagen y toda imagen cojea. Cuando esto no sucede, como por ejemplo cuando dice en la *Meteorología* o en el escrito *De coelo: Deus providet*, entonces tampoco esto vale, a pesar de no poder alegarse otra cosa sino algo como esto: aquel que no ha concedido ninguno de los otros pasajes, tampoco tiene aquí que aceptar éste. Cuando tampoco las consecuencias que se siguen del sistema exigen nada, entonces parecen indicar que tal hecho habla en su contra, de modo que Aristóteles sea consecuente en su absoluta inconsecuencia. Ahora bien, si Aristóteles no es continuamente absurdo, entonces los señores filólogos le han adjudicado una ridícula irracionalidad que tan sólo nos demuestra cuán mal custodiada está la historia de la filosofía entre sus manos. ¿Qué sería de la historia de la matemática, de la astronomía, de la física, de la química, etc., si un filólogo y no un matemático la escribiese? Tal como prudentemente se confía la historiografía de la matemática a los matemáticos, confíese asimismo a los filósofos la historiografía de la filosofía. De ahí la superioridad de los trabajos histórico-filosóficos de un Aristóteles, un Alberto y un Tomás, un Trendelenburg. De ahí las distorsiones de un Zeller y de un Gomperz. Pero, por supuesto, ¿dónde están los filósofos apropiados para esta empresa, pues tampoco disponemos para las otras tareas filosóficas sino de filosofastros?<sup>127</sup>

Este pasaje es una elocuente declaración de lo que piensa Brentano acerca de la tarea llevada a cabo por estos estudiosos. Para él, por el contrario, es primordial suponer que Aristóteles es un gran filósofo incapaz de incurrir torpemente en contradicciones. Por tanto, es menester acompañar los recursos filológicos e históricos de un esfuerzo filosófico digno de tan gran pensador. Por este motivo, en las páginas que siguen veremos una propuesta metodológica elaborada por Brentano con el propósito de establecer una serie de reglas que orienten los intentos de explicación en toda futura investigación sobre Aristóteles.

<sup>127</sup> Franz Brentano, en un manuscrito del legado acerca del libro de Elser, Konrad, *Lehre des Aristoteles über das Wirken Gottes*, Münster, Aschendorff, 1893; este texto es recogido por George, Rolf, "Einleitung", en: Brentano, Franz, *Aristoteles Lehre vom Ursprung des menschlichen Geistes*, Hamburg, Meiner, 1980, pp. ix-x.

FRANZ C. BRENTANO

## El método de estudio de Aristóteles según Brentano

Traducción y notas de David TORRIJOS CASTRILLEJO

1. Nuestro primer tratado ofreció las principales proposiciones de la metafísica aristotélica del modo más conciso posible<sup>1</sup>. Allí tuvimos ante nosotros —según creo— su verdadera doctrina demostrada históricamente. Cuán diferente y cuánto más inteligible se nos presenta en comparación con aquello que nos entrega Zeller bajo ese mismo nombre en su *Filosofía de los griegos*<sup>2</sup> y, recientemente, también en su *Bosquejo*<sup>3</sup>. ¿No parece a primera vista incomprensible que un varón a quien no falta ni agudeza mental, ni diligencia, ni competencia en el manejo de los recursos pertinentes, ni instrucción histórica, pueda apartarse tanto del camino correcto, de tantas maneras y sobre todo precisamente en las cuestiones más importantes?

La juventud de Zeller se desarrolló en el tiempo del hegelianismo y el sofista alemán, tan estimulante y a la vez tan desorientador, supo subyugarle bajo su imperioso influjo, como a tantos otros jóvenes llenos de talento. Pero desde el principio a Zeller nunca le gustaron las construcciones históricas forzadas de acuerdo con el modo de proceder del maestro. No, ciertamente, los prejuicios hegelianos no fueron culpables de los frecuentes y muy sustanciales descalabros de sus investigaciones históricas. Sin embargo, según mi opinión, aquello que le desviaba se puede comprender en buena parte merced a la influencia que sobre él ejercieron el sistema hegeliano y otros sistemas alemanes con él emparentados. Precisamente quien se ha liberado de las miserias de un filosofismo y las montañas de contradicciones de una doctrina que antes había escuchado con reverencia, para volver a ver después con la mirada limpia y clara, ése más que nadie se encuen-

---

<sup>1</sup> Según George, el editor del texto —y lo mismo repite la traductora francesa—, el tratado al que aquí se referiría Brentano no habría llegado hasta nosotros. Creo que no es preciso hacer tal suposición sino que más bien se refiere a su tesis doctoral en la que ciertamente ofrecía los rasgos principales de la metafísica aristotélica, de la cual hará mención nominal más adelante (§6) refiriéndose a ella también con el término *Abhandlung*: cf. Brentano, Franz, *Von der mannigfachen Bedeutung des Seienden nach Aristoteles*, Freiburg im Breisgau, Herder, 1862. Recientemente reeditado en: *Sämtliche Veröffentlichte Schriften*, Band 4, Heusenstamm, Walter de Gruyter, 2014; traducción española: *Sobre los múltiples significados del ente según Aristóteles*, trad. Abella, Manuel, Madrid, Encuentro, 2007.

<sup>2</sup> Cf. Zeller, Eduard, *Aristoteles und die alten Peripatetiker*, vol. 2.2, *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung*, Leipzig, Fues, <sup>3</sup>1879. En esta tercera edición Zeller entra en discusión con Brentano en distintas notas.

<sup>3</sup> Con *Umriss* —que usa aquí— debe de referirse a *Grundriss*: cf. Zeller, Eduard, *Grundriss der Geschichte der griechischen Philosophie*, Leipzig, Fues, 1883.

tra en el peligro de formarse un prejuicio que obliga a considerar dañino para la investigación cualquier otro sistema. Sócrates advierte a Fedón, mientras acaricia los rizos de dicho joven afectado por la crítica de un Simias y un Cebes, para que no transfiera a otros la desconfianza originada en él por las tentativas filosóficas que al principio parecían buenas y después se mostraron malogradas<sup>4</sup>. Un riesgo semejante debió de presentársele entonces también a Zeller, pues abandonó el estudio de aquellos modernos para investigar a los antiguos e interpretar a Aristóteles. Había experimentado hasta qué punto era poco claro el pensamiento de los célebres maestros del ilustrado siglo XIX, cómo se confundían a sí mismos y a otros con groseros equívocos, cómo, mientras eran aplaudidos por muchos, pronunciaban casi palmarias contradicciones. ¿Cómo no debería tomar una aparente contradicción del viejo Estagirita por una contradicción efectiva, sin necesidad de la menor sospecha inspirada por una probabilidad antecedente<sup>5</sup>?

2. Por supuesto, se daban numerosas ocasiones para emplear este prejuicio: la ambigüedad de los términos aristotélicos y de los inventados por el mismo filósofo; la manera personal de tener en cuenta y expresar los puntos de vista diversos de los suyos, en particular los platónicos, los cuales querría sustituir por los propios; su inexacta comodidad cuando elige expresiones sólo parcialmente pertinentes y, en general, su manera descuidada de escribir; por último, su taciturnidad sin par que nos obliga a denominarlo, con mucho mayor motivo que a Horacio, *obscurus*, es más, *obscurissimus*. Ahora bien, Aristóteles dijo muchas cosas sin violar el sano sentido común humano que, no obstante, parecen a primera vista, sea contradictorias en sí mismas, sea absurdas al cotejarlas con los hechos ya conocidos en su tiempo. El carácter fragmentario de algunos de sus escritos más significativos y el estilo de bosquejo de sus partes más importantes no contribuyen precisamente a aminorar las aparentes contradicciones.

<sup>4</sup> Cf. *Phaed.*, 89a-90d.

<sup>5</sup> El editor explica aquí que la regla de la *vorgängige Wahrscheinlichkeit*, el grado de probabilidad antecedente de un evento, que se remonta a Bayes, ha sido descrita por ejemplo en un libro conocido y apreciado por Brentano como el de Jevons, William Stanley, *The Principles of Science: A Treatise on Logic and Scientific Method*, New York, Macmillan, 1874. En las líneas que siguen se hará un amplio uso de esta regla. En el discurso de 1888 sobre el método en historia de la filosofía también hablaba de esta regla para entender el pensamiento de un autor (Brentano, “Zur Methode der historischen Forschung”, p. 91). El editor de este discurso (Hedwig, en: Brentano, *Geschichte der Philosophie der Neuzeit*, p. 327, nota 5) señala otros volúmenes manejados por Brentano, indicando que había subrayado y anotado en concreto el de Laplace: cf. de Laplace, Pierre Simon, *Essai philosophique sur les probabilités*, Bruxelles, Bachelier, 1840, trad. alemana: *Philosophischer Versuch über die Wahrscheinlichkeit*, Heidelberg, Groos, 1819; von Kries, Johannes, *Die Prinzipien der Wahrscheinlichkeitsrechnung*, Freiburg, Mohr, 1886; Lacroix, Silvestre François, *Traité élémentaire du calcul des probabilités*, Paris, Courcier, 1864; Littrow, Joseph Johann, *Die Wahrscheinlichkeitsrechnung in ihrer Anwendung auf das wissenschaftliche und praktische Leben*, Wien, Beck, 1833.

3. Sin duda, cualquier filósofo puede equivocarse, incluso el más perspicaz puede quedar enredado entre absurdos y a la hora de estudiarlo hay que tener en cuenta esta circunstancia. Ahora bien, el grado de probabilidad de esta eventualidad es distinto para cada caso propuesto a la investigación y la vara de medir dicha probabilidad ha de ser tomada del carácter del filósofo mismo. Me acuerdo de un amigo socarrón, un suevo, que me contaba cómo le había ido con Hegel. Según decía, había leído la *Enciclopedia* tres veces sin entender nada: «Entonces me vino una idea luminosa: ¿acaso lo que yo había leído debía ser —pensé— un puro sinsentido? Enseguida me puse con el libro por cuarta vez y ya entendía todo. En aquel momento, con el objeto de prestar un servicio a todo lector futuro, escribí en mi ejemplar a modo de preámbulo aquellas mismas palabras que una vez Dante puso en la entrada de su *Inferno*: “¡Perded toda esperanza los que entráis!”» Tal como él entendía el consejo, quizá no estaba precisamente fuera de lugar. Pero incluso en el caso de Hegel se equivocaría quien lo comprendiese de otro modo que *cum grano salis*. Si, en el caso de otros pensadores difíciles de entender, uno tomara cada aparente contradicción por algo de veras contrario a la razón y quisiera felicitarse por haberlo comprendido, entonces sin duda procedería en general peor que otro que se encontrase menos familiarizado con un Hegel pero fuese un verdadero pensador científico. Si hay alguien que puede considerarse libre de la sospecha de ser un ciego entusiasta de Aristóteles, ése es Lewes. En efecto, —tal como él mismo dice— su obra está escrita precisamente con el objetivo de rebajar a este hombre tan excesivamente ensalzado<sup>6</sup>. Por eso, al inicio, su crítica suena desfavorable en extremo, según recorre cada uno de los tratados de ciencia natural. Sin embargo, el gran investigador al que quiere denostar logra poco a poco producir en él un cambio de parecer. El reproche se suaviza e incluso se mezclan alabanzas entre las severas palabras. Al final de la obra, donde Lewes vuelve la mirada al conjunto, no puede sino, lleno de asombro, dar testimonio con elocuentes palabras de la clara mirada científica de aquella «gigantesca mente»<sup>7</sup>. No cabe duda, su admiración está justificada. Por supuesto, también suelen estar justificadas sus reprensiones a Aristóteles y especialmente lo está el reproche de carácter general

<sup>6</sup> En realidad, Lewes se propone buscar el equilibrio: «Piety towards the Past demands of us to be ready with our gratitude for all good work; and an equal piety towards the Present commands us to beware of an exaggeration which would convert panegyric of the departed into insults against the living» (Lewes, George Henry, *Aristotle: A Chapter from the History of Science, Including Analyses of Aristotle's Scientific Writings*, London, Smith, Elder and co., 1864, p. 8).

<sup>7</sup> «In the early stages of scientific growth even an intellect so great as Aristotle's could not place itself at the point of view which is now taken by the humblest investigators [...]. Where intellectual force alone was involved, there Aristotle appeared a giant. But no single mind can do the work of Humanity» (ibid., p. 378; subrayo las palabras que parecen haber inspirado la expresión de Brentano *Riesengeistes* y que él mismo entremecilla; la traducción alemana que pudo haber usado no es más explícita, donde se lee «ein so großer Geist» y «Wo es sich allein um intellektuelle Kraft handelte, erschien Aristoteles als Riese», respectivamente: cf. Lewes, George Henry, *Aristoteles. Ein Abschnitt aus einer Geschichte der Wissenschaften*, trad. Julius Victor Carus, Leipzig, Brockhaus, 1865, p. 388).



que le hace: ha de ser designado mal escritor bajo varios esenciales aspectos<sup>8</sup>. Por un lado, la perspicacia de nuestro pensador y, por otro, su descuido, así como sus otras —digamos— descortesías literarias (naturalmente, permanece intacto el encanto que la genialidad proporciona incluso a su estilo), son quienes en este momento nos instan por igual a ser particularmente precavidos con sus palabras antes de decidimos a tomar una aparente contradicción por una contradicción efectiva.

Habrà que proceder de modo semejante cuando se trate de comprender una sentencia que parezca expresar un parecer del todo singular y, por así decir, fuera de las humanas posibilidades, o bien cuando resulte patente e inmediatamente incompatible con realidades que ya estaban presentes ante Aristóteles con tanta evidencia como para nosotros. No se querrá contar a Aristóteles entre aquellos filósofos que autorizaron a Cicerón a afirmar: «Nil tam absurdum quod non diceret philosophus»<sup>9</sup>. En efecto, sus dotes de observación en todos los campos del saber siguen sin haber sido aún superadas, quizá ni siquiera en nuestros días. Vale sobre todo para Aristóteles cuanto dije sobre los pensadores que se apartaban de Hegel en su manera de proceder, pues él estaba, por así decir, en las antípodas de éste.

4. No todo filólogo se dedicará a exponer a un Euclides o a un Arquímedes sino tan sólo aquel que también sea matemático. Ni tampoco todo historiador se atreverá a escribir una historia de la química y de la física con feliz resultado excepto uno que a la vez sea naturalista. Del mismo modo, pues, ha de exigirse un filósofo para investigar la historia de la filosofía. No obstante, los filósofos más científicos, continuamente ocupados con cuestiones sistemáticas, en contadas ocasiones se han mostrado disponibles para amplias investigaciones en este campo. En cambio, otros célebres nombres con muy poco sentido histórico y demasiados intereses de partido en la historia de la filosofía han seducido a algunos llevándolos a la opinión según la cual un filósofo tendría menos vocación que cualquier otro para escribir una historia de su propia ciencia. Esto viene a ser —como dice nuestro pueblo— tirar el agua del baño con el niño dentro. No, tal como sucede en cualquier otro campo del saber, tampoco en la filosofía bastará un historiador que sea tan sólo historiador y no contemporáneamente un hombre de ciencia. ¡E incluso con mayor razón! Donde se trate de entender una doctrina fragmentaria o consignada en frases de difícil comprensión perteneciente a pensadores auténticos y verdaderamente científicos, ahí se necesitará un varón dotado de espíritu investigador filosófico. Estos casos son como aquellos en los cuales al arqueólogo del arte no le basta ser conocedor del arte, si él mismo no es prácticamente un artista.

<sup>8</sup> «But as an artist, Aristotle is simply without rank; and as a writer, with submission be it said, he is may degrees removed from excellence» (ibíd., pp. 19-20).

<sup>9</sup> La cita exacta es: «Sed nescio quo modo nihil tam absurde dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum» (Cicero, *De divinatione*, II, 119).

Una vez estuve presente mientras unos arqueólogos de esta índole estaban ante los despojos de una antigua estatua y ninguno sabía cómo comprender ninguna de las partes y ponerla de acuerdo con las otras; hasta que llegó un artista, quien en pocos minutos comprendió su sentido y su intención, y puso en orden el conjunto<sup>10</sup>. «Te igualas al espíritu que comprendes»<sup>11</sup>, pudo decir con especial razón Goethe en una ocasión semejante. Así, pues, lo mismo sucede en el caso perfectamente paralelo de un filosofema truncado e incomprensible. En efecto, tan sólo adquirirá discernimiento de la opinión del filósofo quien también preste atención a las realidades que éste tiene presentes, así como a las condiciones bajo las cuales él dispone su consideración y, finalmente, sobre el fundamento de la propia experiencia interna, vislumbre los pensamientos y los caminos a través de los cuales fue guiado aquel antiguo pensador.

Sin embargo, no será siempre tan afortunado como aquel artista sobre el cual hablaba yo. Un pensamiento que se le ocurra podría demostrarse con frecuencia imposible de ser seguido ulteriormente. Pero entonces cabe plantear también una hipótesis probable que podría ser orientadora para la siguiente investigación y que, una vez el investigador se haya visto obligado a desecharla, sea sustituida por otra hipótesis más probable; mientras tanto, otras interpretaciones que el tenor de las palabras en sí mismo consentiría igual de bien, quedan descartadas desde el principio por imposibles o como si lo fueran. La probabilidad antecedente, ese importante factor en toda formación de hipótesis, en este caso se revela especialmente justa.

5. Éste es el punto donde me parece yerran nuestros más recientes historiadores de la filosofía y, en particular, Zeller cuando pretende interpretar a Aristóteles. Con esto no se quiere decir que Zeller esté falto de espíritu para la verdadera investigación filosófica. Puede ser un hecho que deba su fama exclusivamente a sus trabajos históricos, pero en absoluto pretendo por ese motivo pronunciar aquí un juicio desdeñoso de sus trabajos filosóficos personales. Sin embargo, puedo decir, con la conciencia tranquila de estar enteramente libre de cualquier afán de empequeñecerlo, que, sea como fuere, siempre ha dejado su manto de filósofo en la orilla antes de introducirse en el mar de la investigación histórica, como uno que temiese que éste le arrastrase hacia las profundidades. En otras palabras, para ser del todo objetivo y para excluir las funestas consecuencias que la subjetividad ha producido entre muchos y, en particular, en la historiografía hegeliana (quizá también porque, como expusimos antes, él cree posible que en un filósofo cabe la insensatez tan bien como el buen sentido), se vetó a sí mismo cualquier movimiento filosófico a la hora de salir al encuentro del pensamiento de su autor. Así procede, por

<sup>10</sup> En otro lugar, cuenta esta misma anécdota personal mentando al arqueólogo O. Benndorf y al escultor C. von Zumbusch: cf. Brentano, Franz, "Thomas von Aquin", *Neue Freie Presse* 15688, 18/4/1908, p. 3.

<sup>11</sup> Von Goethe, Johann Wolfgang, *Faust*, en: *Goethe's Sämtliche Werke*, Band 2, Paris, Tetot, 1836, p. 154.



ejemplo, en el caso de su protesta contra la doctrina platónica de las Ideas. De hecho, se comporta del todo injustificadamente, pues quien haya retrocedido en la historia y haya observado el inicio de la cuestión de los universales entre los éléatas, donde por primera vez el ente genérico es tratado como un individuo al cual es sacrificada toda pluralidad, ése no puede ver nada escandaloso en la doctrina platónica, sino más bien un paso adelante y un paso a mejor. Las herramientas filológicas y los principios dispuestos por la historiografía más avanzada en relación a la estimación de las diferentes dificultades, son los únicos recursos aplicados por él en sus admirablemente diligentes trabajos. Con semejantes renunciaciones y desprendimiento, cree proceder aproximándose lo más posible a la conducta de un perfecto historiador. Sin embargo, su método choca con una regla general de la lógica y también con una regla de la investigación histórica, a saber, que —como decíamos— uno debe contar con la probabilidad antecedente de los hechos que han de ser constatados.

De Maistre, por su parte, para hacer más creíbles los relatos de milagros, afirmó que un hecho debe ser admitido como confirmado siempre que los testigos sean fiables tanto intelectual como moralmente y sean, en general, buenos y creíbles. Bajo semejantes factores, nuestra precedente opinión sobre la probabilidad o improbabilidad del caso no podría ser tomada en consideración. Él ilustra su punto de vista con el ejemplo del espejo cóncavo con el cual —según se nos informa— Arquímedes prendió fuego a los barcos de los sitiadores romanos<sup>12</sup>. Este hecho —afirma— se apoya sobre la credibilidad del testimonio de una tradición creíble. Sin embargo, nuestros naturalistas aseguran hoy en día que en este caso se nos ha contado algo imposible, pues ni siquiera ahora estamos en condiciones de colocar un espejo capaz de prender fuego con semejante alcance. ¿Qué respondo a esto? Diría sencillamente que Arquímedes ha prendido fuego a los barcos de los romanos con espejos cóncavos.

Pocos suscribirían esta paradoja del enérgico ultramontano. Por el contrario, todo método histórico razonable debe exigir que, en un caso semejante y siempre, se tenga en cuenta la probabilidad antecedente. Si esto es así, entonces el método para la investigación de la doctrina de Aristóteles exige especialmente que, cuando nos encontremos ante afirmaciones oscuras o llamativas, se tenga en cuenta la antecedente improbabilidad de que éstas contengan una idea del todo impensable y un contenido

<sup>12</sup> He aquí el texto que tiene presente Brentano: «Posons en fait que par un accord suffisant de témoignages historiques (que je suppose seulement), il soit parfaitement prouvé qu'Archimède brûla la flotte de Marcellus avec un miroir ardent : toutes les objections de la géométrie disparaissent. Elle aura beau me dire : Mais ne savez-vous pas que tout miroir ardent réunit les rayons au *quart de son diamètre de sphéricité* ; que vous ne pouvez éloigner le foyer sans diminuer la chaleur, à moins que vous n'agrandissiez le miroir en proportion suffisante, et qu'en donnant le moindre éloignement possible à la flotte romaine, le miroir capable de la brûler n'aurait pas été moins grand que la ville de Syracuse ? Qu'avez-vous à répondre à cela ? — Je lui dirai : *J'ai à vous répondre qu'Archimède brûla la flotte romaine avec un miroir ardent*» (de Maistre, Joseph, *Les soirées de Saint-Petersbourg*, vol. 1, *Œuvres posthumes*, Lyon, Pélagaud, 1850, p. 249; la cursiva es del autor).

del todo indigno de un pensador tan grande. Con esto estaría suficientemente explicado por qué, a pesar de toda su laboriosidad y su perspicacia, tenían que fracasar necesariamente en su intento en puntos esenciales tanto aquellos intérpretes de Aristóteles que, como Bonitz, siendo buenos filólogos y buenos críticos en general, pero —como ellos mismos confiesan— no eran filósofos<sup>13</sup>, cuanto aquellos que llevaron una vida —por así decir— anfibia entre la de un filósofo y la de un historiador, sin usar los pulmones bajo el agua ni las branquias en el aire.

6. En este sentido, dichos intérpretes se quedan tan detrás de los comentaristas del medioevo, cuanto les superan en conocimientos filológicos y en una general formación histórico-crítica. Sólo por esto se puede comprender que los comentarios de un Tomás de Aquino —los cuales han sido empero puestos bajo sospecha— hayan podido captar algunos de los puntos doctrinales más oscuros del sistema aristotélico mucho más correctamente en su sentido propio y con más profundidad en sus fundamentos, de cuanto lo hayan logrado nuestros modernos historiadores<sup>14</sup>.

En mi *Sobre los múltiples significados del ente según Aristóteles* he puesto esto en evidencia para el principio de clasificación de las categorías de tal modo que Trendelenburg, que había estudiado la cuestión especialmente a fondo y controvertía cada página de mi tratado, se declaró convencido<sup>15</sup>. En mi *Psicología de Aristóteles*, creo haber demostrado con no menor seguridad que, con excepción de los discípulos inmediatos de Aristóteles, tan sólo Alberto y Tomás de Aquino han expuesto correctamente la doctrina del *νοῦς ποιητικός* y, por lo que sabemos, nadie lo había logrado antes ni tampoco lo logró después con independencia de ellos<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> [Nota de Brentano] Ver su discurso académico tras el deceso de Trendelenburg. [Brentano parece referirse a Bonitz, Hermann, *Zur Erinnerung an Friedrich Adolf Trendelenburg, Vortrag gehalten am Leibniztage 1872 in der königlichen Akademie der Wissenschaften*, Berlin, Akademie der Wissenschaften, 1872; sin embargo, amén de las muestras de humildad del autor, no encuentro una declaración expresa de incompetencia filosófica]

<sup>14</sup> Sobre la prestancia de los comentarios de santo Tomás, entre otros documentos, véanse: Brentano, “Thomas von Aquin”, p. 2; Kraus, *Franz Brentano*, p. 31.

<sup>15</sup> Esto mismo será afirmado por Brentano en *Aristoteles Lehre vom Ursprung des menschlichen Geistes*, Leipzig, Veit & Comp., 1911, p. 2: «Lleno de agradecimiento, he de decir en su honor [sc. de Trendelenburg] que sometió a prueba mis trabajos libre de prejuicios, hizo suyos sus resultados y se dedicó a los nuevos recursos señalados». Estos “nuevos recursos” son los comentarios de santo Tomás a Aristóteles, como aclara en nota 1: «Después de la aparición de mi tratado *Sobre los múltiples significados del ente según Aristóteles*, que controvertía sus puntos de vista sobre la doctrina de las categorías, lo comentó públicamente en sus lecciones de historia de la filosofía. Además, entregó mi exposición del gradual descenso desde el término ‘ente’ hasta las clases enumeradas en la tabla de las categorías, haciendo notar que yo había logrado demostrar el principio para distinguirlas sustancialmente de acuerdo con Tomás de Aquino. Por eso, en el mismo semestre intentó que un estudiante en preparación para el doctorado (ahora catedrático en una Universidad alemana) se determinara a escoger para su estudio un tema tomado de este escolástico».

<sup>16</sup> Cf. Brentano, Franz, *Die Psychologie des Aristoteles, insbesondere seine Lehre vom ΝΟΥΣ*

Naturalmente, no se me ocurre por esto poner a aquellos comentaristas medievales por encima de los exégetas de la modernidad ni absolutamente ni de manera general. Por el contrario, ya he destacado que se les escapaban muchísimas cosas y algunos aspectos muy sustanciales. Ahora bien, cuanto más significativas sean sus carencias, a la vista de la superioridad de su interpretación en cada uno de los casos más importantes, tanto más tenemos que ser conducidos a la hipótesis según la cual también en su manera de investigar hay algo de bueno que sin embargo se ha perdido en nuestro proceder. ¿Qué podría haber sido esto sino aquel tratamiento de Aristóteles más vivaz, aquel estudio de sus doctrinas y escritos con la confianza en la racionalidad de su contenido, con la mirada puesta en el asunto mismo del que se trata, tal como antes he recomendado? Bajo este punto de vista, todos aquellos que no eran meros exégetas de Aristóteles sino peripatéticos, estaban más cerca de un modo correcto de proceder y, al menos en esa medida, aquella fe en la maestría de Aristóteles produjo sus buenos frutos para el saber humano aunque, sin embargo, también haya cooperado de diversas maneras a su estancamiento. Si no olvidamos los recursos más perfeccionados de un método crítico incomparablemente más desarrollado y todo lo demás que está hoy a nuestra disposición, pero lo unimos con lo que hizo sobresalientes a los intérpretes medievales —el pensar con Aristóteles y según su sentir—, evitando no obstante retornar a la servidumbre escolástica, entonces y sólo entonces, nuestros intentos de interpretación dejarán sin duda atrás a los de la edad media bajo todos los aspectos. Aquí vale lo mismo que suele valer para otras muchas situaciones: hacer lo uno sin descuidar lo otro<sup>17</sup>.

7. Cuando intenté hacer comprensible la interpretación de la metafísica aristotélica que encontrábamos en Zeller —la cual es, según mi convencimiento, errónea—, volvía yo a exponer una idea que básicamente ya había pronunciado en un trabajo de mis años más jóvenes, mi *Psicología de Aristóteles* (1866)<sup>18</sup>. Lo que en él se expuso

---

*ΠΟΙΗΤΙΚΟΣ. Nebst einer Beilage über das Wirken des Aristotelischen Gottes*, Mainz, Franz Kirchheim, 1867, pp. 228-229; traducción española: *La Psicología de Aristóteles*, trad. David Torrijos-Castrillejo, Madrid, Ediciones Universidad San Dámaso, 2015, pp. 305-306.

<sup>17</sup> Son evocadas aquí unas palabras de Jesucristo en el evangelio; las copio según la Vulgata: «Haec oportuit facere et illa non omittere» (Mt 23,23).

<sup>18</sup> Copio algunas líneas de esa obra en donde aparecen los juicios más severos contra Zeller: «Por si no bastare lo peculiar e ilógico de esta teoría para hacernos dudar del acierto de tales resultados, no quedará nada más en absoluto que pueda aconsejarnos esta interpretación una vez hayamos considerado que no pocas declaraciones de Aristóteles se encuentran en manifiesta contradicción con ella. Incluso Zeller mismo lo reconoce [...]. Las mencionadas [variantes de la interpretación del νοῦς ποιητικός], propuestas por investigadores tan destacados, basten para demostrar las contradicciones y la confusión que es introducida en la doctrina aristotélica a través de cada uno de estos intentos, una confusión que tanto más crece, cuanto más se considera cada una de sus declaraciones. Hay que conceder a Zeller el honor de haber caído en esto más que ninguno y, precisamente por ello mismo, su presentación de esta parte de la psicología de Aristóteles se manifiesta como una madeja de enredadas representaciones y como un cúmulo de afirmaciones contradictorias entre sí» (Brentano, *Die Psychologie des Aristoteles*,

sobre los trabajos de Zeller sobre Aristóteles, puso de especial relieve la carencia que le he censurado. Sin embargo, fue más tarde<sup>19</sup> y otra vez, de nuevo, en su polémica contra mí de reciente publicación<sup>20</sup>, cuando mostró cierta mejora de su viejo malestar, pero lo hizo más en las palabras que en el asunto y sin atender a la sustancia de éste. En verdad uno se siente extrañado cuando, después de haber atribuido a Aristóteles lo más insólito y contradictorio, ve cómo se despierta la sospecha de haberle adjudicado esta o aquella contradicción sin ulterior reflexión, precisamente tratándose de aquellas doctrinas que en la historia de la filosofía han sido reiteradas por agudos pensadores una vez tras otra.

8. Así, pues, como contribución al método aplicable a toda futura interpretación de Aristóteles, quisiera, para terminar este pequeño tratado, reunir brevemente los siguientes principios que están en profunda conexión con los precedentes.

- a. Debe ser considerado desde un principio extraordinariamente improbable, es más, prácticamente imposible, que un pronunciamiento de Aristóteles contenga una contradicción inmediata, palpable o reconocible por el más sencillo análisis. Si tal parece, entonces ha de buscarse otra interpretación o bien una corrección del texto. Semejante contradicción sería, por ejemplo, entender que algo correlativo existiese sin el otro elemento correspondiente, como una causa sin su efecto o viceversa, o un fin sin un pensar o un apetecer dirigidos a él, tal como Zeller y otros admiten sin demostración.
- b. De primeras, es muy improbable considerar que distintas afirmaciones de Aristóteles estén en inmediata y palpable contradicción si no proceden de diversas épocas de su pensamiento filosófico. De modo especial, cuando pertenecen a la misma obra o incluso al mismo capítulo o están unidas estrechísimamente (un ejemplo flagrante de esto es la interpretación de Zeller de los capítulos cuarto y quinto del tercer libro *Sobre el alma*. Cf. mi *Carta abierta*<sup>21</sup>).

---

pp. 35-36, trad. española, pp. 47-48).

<sup>19</sup> Se refiere a la tercera edición de Zeller, *Aristoteles und die alten Peripatetiker*, vol. 2.2, *Die Philosophie der Griechen*, 31879.

<sup>20</sup> Puede tratarse de Zeller, Eduard, "Über die Lehre des Aristoteles von der Ewigkeit des Geistes", *Sitzungsberichte der königlich preußischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, 1, 1882, pp. 1033-1055. Después fue editado de nuevo en *Eduard Zellers Kleine Schriften*, ed. Otto Leuze, 1. Band, Berlin, Reimer, 1910, pp. 263-290; esta reimposición dio lugar a que Brentano publicase en 1911 sus dos últimos libros acerca de Aristóteles (*Aristoteles Lehre vom Ursprung des menschlichen Geistes* y *Aristoteles und seine Weltanschauung*). También podría referirse a la reseña de sus obras polémicas escrita por el mismo Zeller, Eduard, "Franz Brentano, Ueber den Creatianismus des Aristoteles. Ders., Offener Brief an Herrn Prof. Dr. E. Zeller", *Deutsche Literaturzeitung*, 4, 1883, col. 228-230.

<sup>21</sup> Cf. Brentano, Franz, *Offener Brief an Herrn Professor Eduard Zeller aus Anlaß seiner Schrift über die Lehre des Aristoteles von der Ewigkeit des Geistes*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1883, pp. 32-36.

- c. Igualmente, debe ser considerado muy improbable que Aristóteles, en esas condiciones, hubiera expuesto una contradicción que fuera reconocible por un procedimiento muy sencillo.
- d. Esto ha de ser asumido muy especialmente cuando estuviese tratando el asunto en cuestión.
- e. El modo de ponderar esto no es atender a la prolijidad de su exposición, sino al interés que otorgaba a la cuestión y a la complacencia que hallaba en la consideración del objeto. La prolijidad corresponde en él tan poco con su interés y su gusto que, precisamente las partes más importantes de su psicología y las más importantes de su lógica (los *Segundos analíticos*), las cuales aún hoy merecen nuestra admiración con preferencia a ninguna otra parte —a causa de su profunda penetración en la esencia de la demostración científica y la relación de las ciencias entre sí—, son, sin embargo, las tratadas menos exhaustivamente. Esto se aprecia en la *Metafísica* con más claridad todavía. Ninguna doctrina tiene para él más importancia, absolutamente hablando, que la del *voûç* divino y en ninguna vio tanto como en ésta la consideración más digna del ser humano y la más beatificante. No obstante, sobre ella tan sólo poseemos algunas pocas líneas en el libro duodécimo que ni tan siquiera contienen todo cuanto otros pasajes de sus escritos nos transmiten acerca de sus puntos de vista sobre Dios; además, esto poco lo tenemos en una forma incompleta y difícilmente comprensible a causa de la brevedad de la expresión (ejemplo: la burla sobre la doctrina de Empédocles en comparación con la suya<sup>22</sup>).
- f. Es del todo improbable por anticipado considerar que Aristóteles hubiese aparentado tener por verdadero algo —incluso cuando él lo crea completamente falso— con el propósito de acomodarse a la opinión de aquellos a quienes hablaba, porque esto le resultase más fácil y conveniente cuando había de sacar a la luz una verdad hacia la cual quería guiarlos. Sin embargo, tal cosa le haría sospechoso de intentar confundir de manera deliberada a sus oyentes, pues semejante comportamiento se diferenciaría esencialmente de una *argumentatio ad hominem*, la cual sí es tolerable en ciencia. Además, Aristóteles sería tan poco apto para acomodar sus puntos de vista a los ajenos que caería en el error opuesto muchas veces, pues alteraría los puntos de vista ajenos, sea para

<sup>22</sup> Ya en la *Psicología de Aristóteles* se refería a la ridiculización de la postura de Empédocles (*Metaph.*, B, 4, 1000 b 3; *De an.*, I, 5, 410 b 4) con el objeto de defender que, según Aristóteles, Dios conocía las cosas del mundo: cf. Brentano, *Die Psychologie des Aristoteles*, p. 191, trad. española, pp. 258-259. Después retoma el argumento en: Brentano, “Zur Methode der historischen Forschung”, p. 85; id., *Aristoteles Lehre vom Ursprung des menschlichen Geistes*, p. 136, nota 3; id., *Über Aristoteles*, pp. 254-255, 365. Nos consta que este argumento ya le rondaba varios años antes de la publicación del trabajo sobre la psicología de Aristóteles, pues lo comenta en una carta fechada el 2/6/1861: cf. Nettesheim, Josefine, “Christoph Bernhard Schlüter und Franz Brentano. Zwei unbekannte Briefe Brentanos”, *Zeitschrift für Philosophische Forschung*, 16, 1962, pp. 287-288.

hacerlos parecer precedentes de los suyos, sea para ponerlos en una relación definida más asequible y tajantemente.

Esto vale también para los puntos de vista de la religión popular. No conozco ningún pasaje y estoy convencido de que no hay ninguno en el cual acomodó su propio punto de vista, sino más bien al contrario.

No se podría sentir en modo alguno tentado a ello, como a algunos les ha sucedido en los tiempos más modernos frente a las verdades cristianas. En efecto, (1) no había persecuciones que temer —como, pongamos, acaecía con Lessing—; (2) tampoco le aconteció —como a Hegel— ponerse en buena situación respecto del Estado y del Consistorio evangélico; (3) tampoco era —como Schleiermacher o Leibniz—, a la vez de filósofo, teólogo o diplomado en teología, con la pretensión de buscar un contacto con conocimientos teológicos para restaurar entre la gente de su patria una beneficiosa unidad religiosa y política; (4) tampoco se encontraba ante una efectiva fe popular, que hubiera mantenido hasta cierto punto su fuerza entre el grupo de hombres más cultivados. (5) Finalmente, dicha desfiguración no le habría ayudado, dado que, tal como de hecho procedió en los mencionados escritos (v. gr. la *Ética a Nicómaco*), la máscara se le habría caído al punto: justamente en cuanto éstos hubieran sido compuestos, al mostrar en ellos su verdadero rostro con franqueza y al descubierto.

Igual que no nos está permitido atribuir a Aristóteles una grosera contradicción, así tampoco podremos acogernos a semejante expediente para armonizar las afirmaciones en aparente contradicción. Si Zeller ha procedido así con Aristóteles, probablemente también aquí lo ha hecho cediendo a una tentación suscitada en él a causa de su precedente contacto con las filosofías modernas.

Esto vale tanto para sus escritos exotéricos y, tal como muchos piensan, populares (v. gr. la *Ética a Nicómaco*), cuanto para los esotéricos. En efecto, los escritos científicos de índole verdaderamente popular no se diferencian de los científicos en sentido estricto en que se den en aquéllos demostraciones aparentes en lugar de auténticas ni en que se tomen como apoyo proposiciones falsas para que concuerden con el prejuicio corriente, pese a tener conciencia de su falsedad. Por el contrario, dicha diferencia estriba en que, dejando aparte las demostraciones más difíciles, se prefiera exigir crédito apelando a las propias investigaciones o a la autoridad de la ciencia en general.

Otra cosa son aquellos momentos en los cuales son tomadas en consideración doctrinas ajenas, introducidas merced a la elección de un orden de admisión, o bien por una especial controversia respecto de un punto de una doctrina; la aparente concesión de otro punto que no es alcanzado por el argumento, o bien que no procede en ese lugar; “no es esto, sino esto otro” (lo cual debería significar: “si esto ha de ser algo concreto, entonces será esto”)...

- g. Es del todo improbable por adelantado que Aristóteles haya enseñado algo que se halle en contra de hechos palpables y patentes a su observación. Natu-



- ralmente, una vez más: esto se cumple con mayor razón cuanto más en serio se ocupe de la respectiva investigación.
- h. Es en principio probable admitir una doctrina como aristotélica cuando ésta se encuentra en otros filósofos, en particular aquéllos que cultivan puntos de vista en general afines a los suyos. Por el contrario, deben ser tenidas por enteramente extrañas aquéllas que no aparezcan entre quienes piensen del modo más semejante al suyo.
  - i. Una doctrina goza de antecedente probabilidad cuando posee una afinidad en sus fundamentos con las doctrinas del pasado, de modo que puede ser comprendida como un desarrollo suyo; igualmente, es probable una doctrina afín a las enseñanzas del pasado, respecto de la cual el maestro y los discípulos mantienen una posición semejante, o bien está casi presente en él.
  - j. Es probable por anticipado una interpretación que concuerde sólo con las razones propuestas para una sentencia o al menos concuerde mejor con ellas. Si se trata de pasajes aparentemente contradictorios, entre los cuales uno dispone de argumentos y el otro no, entonces hay que dar el peso al primero (basta el que le haya merecido mayor trabajo; además porque las razones del primero proporcionan una probabilidad antecedente de la cual carece el otro pasaje).
  - k. Debe procederse de manera semejante cuando se extraen consecuencias de una enseñanza en ese pasaje.
  - l. Es probable por anticipado aquella interpretación según la cual una enseñanza es análoga a otros puntos de vista aristotélicos y está pensada con mayor acuerdo con todo el método aristotélico y su cosmovisión. Zeller reconoce esto, por ejemplo, respecto de *λήθη*, pero —tal como he mostrado— hace un uso pésimo<sup>23</sup>.
  - m. Es muchísimo más improbable que se dé una variedad en la doctrina en distintos lugares por motivo de una variedad del uso de los términos técnicos, pues Aristóteles no suele eliminar la ambigüedad de las expresiones, sino tan sólo convertir expresiones vagas en equívocos precisos. Incluso inmediatamente después de haberse empleado la misma expresión, no se debe excluir ni considerar improbable una ambigüedad de ésta, es decir, una homonimia referida a un mismo término. La ambigüedad de los términos es, por tanto, uno de los recursos más importantes para poner remedio a contradicciones aparentes.
  - n. Uno debe cuidarse de vincular consecuencias erróneas con un *ἄπαξ εἰρημένω*. Cf. Bonitz acerca de Homero<sup>24</sup> [...] <sup>25</sup>. Es posible que una expresión [...] sea

<sup>23</sup> George nos remite a Brentano, *Offener Brief an Herrn Professor Eduard Zeller*, pp. 12-13. Se refiere a ello también en id., *Aristoteles Lehre von Ursprung des menschlichen Geistes*, p. 42.

<sup>24</sup> Debe de referirse a la advertencia que Bonitz hace respecto de sacar consecuencias apresuradas de los *hápx*: cf. Bonitz, Hermann, *Über den Ursprung der homerischen Gedichte*, Wien, Carl Gerold's Sohn, 1872, p. 55, nota 69.

<sup>25</sup> Los puntos suspensivos entre corchetes a lo largo de este párrafo indican sendas lagunas del texto

utilizada en un sentido diverso del acostumbrado. Sería de agradecer un tratado filológico sobre el ἄπαξ ἕως de Aristóteles así como sobre los de Homero; en nuestro caso, el hecho más significativo no es que una palabra sea usada una única vez sino más bien que sea la única vez que aparezca con determinado sentido. Lo mismo pasaría con un descuido puntual. La pretensión de Zeller [...] una ocasión para semejantes anacolutos sin retórica<sup>26</sup> [...] Más bien habría que admirarse de que no sucediera más a menudo.

- o. En virtud de la presentación fragmentaria y esquemática en que poseemos las doctrinas más importantes de Aristóteles, no nos cabe la menor duda de que muchas de sus enseñanzas nunca fueron consignadas directamente en sus escritos. Es desde el principio altamente probable que de vez en cuando no comprendamos la conexión mutua entre sus distintas doctrinas, ni tan siquiera su compatibilidad, mientras no logremos rellenar esos huecos. Por consiguiente, no sólo no es inadmisiblemente científicamente, sino casi obligatorio, formular hipótesis sobre esos puntos de vista no pronunciados. En efecto, dichas hipótesis pueden adquirir alta probabilidad e incluso la completa seguridad histórica siempre que reúnan determinadas condiciones: si logran poner de acuerdo aparentes contradicciones del modo más asequible —o incluso del único modo posible—; si su contenido es análogo a las doctrinas claramente pronunciadas por Aristóteles; si hacen comprender varias doctrinas a partir de un fundamento unitario; si están en consonancia con todos o con la mayor parte de los pensadores que de común acuerdo comparten los puntos de vista de Aristóteles sobre el asunto en cuestión; si se pueden hallar de nuevo entre los predecesores o discípulos de Aristóteles, etc.

Semejantes hipótesis están justificadas sobre todo allá donde existe una proporción inversa entre el interés que Aristóteles otorga a una doctrina y la prolijidad con que él la expone en las obras que nos han sido conservadas. Estos añadidos constituyen uno de los recursos más importantes para solucionar aparentes contradicciones. Si basta con ellos, entonces su uso no sólo debe ser preferido a la admisión de una contradicción, sino también frecuentemente al empleo de otros expedientes, como apelar al descuido de la expresión, a la exagerada concisión y brevedad, al desacostumbrado modo de expresarse o a la inexactitud de los ejemplos (aunque no sea frecuente), o bien emendar un texto del cual no conozcamos variantes, etc. No es preciso comentar estos

---

manuscrito.

<sup>26</sup> Podría referirse a esta sentencia de Zeller: «Entre tales cosas se cuenta [...] el modo de construir las frases, a saber, las numerosas dilucidaciones, frecuentemente algo largas y entre paréntesis así como los anacolutos que esto provoca»; «Dahin gehört die [...] Art der Satzbildung, namentlich die zahlreichen und oft ziemlich langen parenthetisch eingeschobenen Erläuterungen und die dadurch veranlassten Anakoluthen» (Zeller, *Aristoteles und die alten Peripatetiker*, vol. 2.2, *Die Philosophie der Griechen*, <sup>3</sup>1879, p. 136, nota 2).

recursos, pues, por una parte, gozan de general reconocimiento como algo justificado y son comúnmente puestos en práctica y, por otra parte, ya les hemos reconocido su valor en anteriores exposiciones.

- p. Respecto de las emendaciones, permítaseme únicamente no pasar en silencio una observación: no sólo me refiero a estudiosos como Torstrik<sup>27</sup>, que ha sido en exceso proclive a echar mano de este recurso sin suficiente confianza en la tradición, sino que, con bastante generalidad, se le ha concedido demasiado espacio sin suficiente motivo al menos en ciertos casos, a saber, aquéllos en los que se pretendía evitar la repetición de la misma idea. Pero incluso cuando esas palabras fuesen del todo inútiles, dado el general descuido del modo de escribir de Aristóteles, su autenticidad no resulta tan improbable como para enmendarlas. Ahora bien, no siempre que son tenidas por redundantes, lo son de veras. En efecto, he encontrado pasajes en los cuales unas palabras son exigidas por el contexto, mientras que algunos no sólo las consideran superfluas, sino incluso molestas interrupciones. Una ponderación complementaria podría dar lugar aquí precisamente a una comprensión correcta de todo el pasaje.

---

<sup>27</sup> Como observa el editor del texto, ya en la *Psicología de Aristóteles*, Brentano notaba que Torstrik tendía a hacer enmiendas textuales con cierta ligereza: cf. Brentano, *Die Psychologie des Aristoteles*, p. 152, nota 111 (hacia el final), trad. española, p. 209. El libro citado es: Torstrik, Adolfus, *Aristotelis De anima libri tres*, Berlin, Weidmann, 1862.